

XII.

La luz de los quinqués había disminuído; el fuego se apagó, y la grande estancia quedó casi á oscuras. Fija en el mismo sitio; de pie junto á la chimenea, procuró Clara coordinar sus ideas. Habiendo triunfado en la lucha, sentíase destrozada, cual si fuera vencida. Profundo entorpecimiento embargaba su ánimo, y parecióle tan pesada la cabeza, que la sostuvo con la mano. Sentía ruido en los oídos, sus ojos turbados veían girar rápidamente todos los objetos. Creyó que el corazón le subía á la boca, y frio sudor cubrió su frente. Así permaneció espantado, inerte, sufriendo horriblemente, sintiéndose desfallecer, sin fuerzas para moverse ni aliento para llamar.

Dejóse caer sobre una butaca, pero se levantó al momento. Los agudos dolores de los músculos de sus piernas no la permitían estar inmóvil. Necesitó pasear por la habitación, no obstante la pesadez de su cabeza, que le parecía hinchada y vacía. La sien izquierda le dolía como si le hubiesen metido un clavo en la frente, é intensa fiebre hacía latir sus arterias. Encorvada, y gimiendo por lo mucho que sufría, continuó

andando por la habitación, repitiéndose en su turbado cerebro las mismas ideas insoportables. Aunque despierta, parecía presa de una pesadilla, y balbuceaba palabras confusas y entrecortadas por terrible castañeteo de los dientes.

Así estuvo dos horas, sombría, terca, sin querer llamar, imaginando que sólo al abrir la puerta creería su marido que deseaba pedir perdón, y volvería. Confiada en su lealtad, ni siquiera echó la llave á la cerradura, ni corrió el pestillo. Triste conquista la suya, que hubiera asustado á Felipe, porque había cambiado tanto bajo la influencia de la fiebre, que el único sentimiento que podía inspirar era el de la compasión.

Los primeros claros del alba la encontraron andando en la estancia para mitigar con el movimiento los crecientes dolores de sus piernas. Pálida, con apagados ojos y latándole con furia las sienes, más se arrastraba que andaba. Sin poder más, miró un instante al cielo, que se ponía de color de rosa; quiso abrir el balcón, creyendo que el aire puro de la mañana la refrescaría calmando su sufrimiento, pero sus desfallecidas manos no pudieron levantar la falleba, y exhalando un grito cayó desfallecida sobre la alfombra.

A cosa de las nueve acercóse Brígida, de puntillas, á la puerta para escuchar si su señora dormía, y oyó un gemido. La fiel criada tuvo miedo, y sin titubear entró.

Clara continuaba tendida y sin movimiento en el mismo sitio que cayó, y hablaba palabras incoherentes. Su rostro estaba enrojecido y helados los pies. En un momento, y sin preguntarse por qué estaba la señora Derblay de aquel modo, la levantó como una pluma, y la acostó como si fuera una niña, y viéndola calmada por la exquisita sensación de bienestar que le había procurado el fresco de las sábanas, corrió á buscar á Felipe.

Vestíase éste en su habitación. De una ojeada vió la jurasiana la cama deshecha, la tristeza en el rostro de su amo; y tomando de junto á las almohadas un pañuelo húmedo de lágrimas, movió tristemente la cabeza.

—¡Ah, señor!—dijo.—¡Qué desgracia! ¿Usted ha llorado, y ella...

Felipe se puso lívido, y la idea de que Clara, entregándose á un acto de desesperación, hubiese muerto, le estremeció.

—¿Qué ocurre?—preguntó con terrible angustia.

Brigida comprendió su pensamiento.

—No,—dijo,—pero está enferma.

No quiso oír Felipe una palabra más: sin gastar tiempo en ponerse una prenda de abrigo, corrió como loco á la habitación de Clara. El vestido blanco, las enaguas arrugadas, los zapatitos y el corsé de satén blanco perfumado, estaban en desorden por el suelo.

Rojo el semblante y brillándole los ojos en los entreabiertos párpados, estaba Clara tendida en el gran lecho de columnas. Los graves guerreros de la tapicería, con las empuñadas lanzas, parecía que la velaban. Acercóse Felipe y no le reconoció. Sonreía la joven dulcemente, y sus entreabiertos, descoloridos labios dejaban ver los blancos dientes. Cogióla la mano y la encontró ardorosa. A la incesante agitación de la noche había sucedido profundo entorpecimiento. Asustado Felipe, escribió con rapidez algunas líneas para el mejor médico de Besançon y se las mandó con un carruaje. Al mismo tiempo avisaba á Beaulieu.

Instalóse junto al lecho de Clara, sumido en desconsoladoras ideas. ¿Moriría ella y se acabaría todo? Continuaba la enferma inmóvil y con los ojos abiertos, pero una contracción dolorosa producía el estrabismo. Fruncía el ceño, y de vez en cuando llevaba la mano á la nuca gimiendo. Era visible que sufría horriblemente, y que el delirio se apoderaba de ella aumentando por minutos.

Ante aquel triste espectáculo desaparecieron las ideas de odio del marido. Supersticioso por primera vez en su vida, creyó que si Clara dominaba la enfermedad sería señal de que llegarían á ser felices, y desde este momento sólo tuvo una idea: la de salvarla. A pesar de lo que le había hecho sufrir, y acaso por ello, la adoraba con locura.

Junto á aquel lecho pasó Felipe las dos horas más crueles de su vida, que ya había conocido duras pruebas. La llegada de la señora de Beaulieu y de Octavio produjéronle inmenso consuelo, sintiéndose libre de parte de responsabilidad. La Marquesa, estupefacta y asustada, estuvo, por fortuna, silenciosa; ni dió gritos, ni derramó torrentes de lágrimas, ni invocó á la corte celestial. Preguntó discretamente á su yerno lo ocurrido, prescribió algunos cuidados elementales, y pálida y grave permaneció junto á su hija, que no sospechaba su presencia. Impaciente Octavio, tomó un caballo y partió á galope para encontrar al médico. Llegó este al mediodía. Era un hombre joven, que había sido interno en los hospitales, muy al corriente de los progresos de la terapéutica y que podía formular un diagnóstico serio. Además, no se necesitaba grande habilidad para conocer la dolencia: declan claramente cuál era, el delirio, los dolores en la nuca y en la frente, y la contracción bilateral. Tomó el pulso y comprobó ciento veinte pulsaciones. El termómetro puesto en el sobaco se elevó á cuarenta grados. La fiebre era muy intensa, y el médico, moviendo la cabeza, murmuró estas palabras:

—Muy grave.

Y al ver que la madre, el hermano y el marido le preguntaban con ansiosa mirada, añadió:

—Una meningitis.

Inclinándose sobre el blanco pecho de Clara, donde la respiración anhelosa silbaba dolorosamente, escuchó con prolongada atención, y al incorporarse dijo:

—Alguna irregularidad en los movimientos del corazón por consecuencia de un estado nervioso muy grave. Conviene traer inmediatamente una docena de sanguijuelas y hielo.

Susana, que escuchaba en el umbral de la puerta, hizo una señal á Brigida, y la criada partió á escape. La bondadosa niña, después de esperar dos horas en el salón trémula y agitada, sospechando un suceso inexplicable y sin atreverse á entrar, se deslizó junto al lecho, no hablando para que no la alejasen de allí, reteniendo la respiración y mirando con terror el enrojecido semblante y los pálidos labios de Clara.

Parecióle que se ahogaban en la espaciosa habitación, y sin decir nada, guiada por ese instinto que hace de todas las mujeres excelentes enfermeras, fué de puntillas á abrir el balcón. El médico la miró con el rabo del ojo, sonrió, y dijo: «Está bien.» Felipe, que no había advertido la presencia de su hermana, tan absorto estaba, vióla enternecido, y sin poderse contenerse la abrazó llorando.

—No tengas miedo,—murmuró Susana;—entre nosotros dos nada malo puede ocurrir. Nosotros la salvaremos.

Pero si Clara había de recobrar la salud, no sería por los cuidados de Susana, porque Felipe pidió á ésta, como un gran sacrificio, que consintiera en volver al convento. Desconfiaba Derblay del delirio de su esposa, que hablaba con espantosa agitación, nombrando sin cesar al Duque de Bligny. Llamábale con rabia, maltratándole, mostrando al descubierto la llaga cruel que el abandono de su novio había producido en su corazón. También aparecía Felipe en sus alucinaciones, pero siempre en forma amenazadora, armado para herir, después de haber muerto al Duque. Vea sangre en sus manos, y le suplicaba que la uniera en la muerte con el que amaba.

Si Felipe, mudo é inmóvil, tenta que escuchar estas palabras de demencia, no quiso al menos que las oyera Susana, confiando en el porvenir lo bastante para que su hermana no supiese jamás su desdicha, y esperando que el dolor presente se disipara como una pesadilla. No debía existir nunca ni la sombra de penoso recuerdo entre Susana y Clara.

Llorando aquella amargamente, pero obedeciendo como siempre las órdenes de su hermano, partió para Besançon, acompañada de su fiel Brígida, y Felipe quedó solo en la casa en posesión de su adorada enferma. Viendo desde el primer momento la Marquesa la decisión, sagacidad y constante

cuidado con que su yerno combatía la enfermedad, le dejó hacer libremente, limitándose á asistir á su hija. Pasaba todo el día en el dormitorio de la enferma, y por la noche se instalaba Felipe en una butaca junto al lecho, velándola hasta el día.

No cesaba el delirio. En vano había visto el esposo, palideciendo, la sangre de Clara caer gota á gota á lo largo de su cuello encantador, trazando roja línea en el blanco cutis; la locura que se apoderó de aquel pobre cerebro debilitado continuaba perturbándolo. Pasaban días y noches, y seguía la fiebre haciendo estragos. El rostro de la joven había enflaquecido, y en las huecas mejillas abultaban las mandíbulas. Los miembros, en incesante movimiento, rozaban dolorosamente con las ropas de la cama, y se oía en la sombra de las colgaduras murmullo de palabras ininteligibles: ¡tan grande era su debilidad!

Un solo pensamiento lúcido restaba en el cerebro de Clara. Tenía conciencia de que mientras ella estaba tendida en aquel lecho se casaba Atanasia. Por una especie de doble vista, el mismo día en que su rival subía triunfalmente la escalinata de la Magdalena, cubierta de flores por la magnificencia de Moulinet, y á la hora exacta en que la multitud entraba en la iglesia detrás de los novios, tuvo Clara un momento de lucidez, é incorporándose, dijo terminantemente:

— ¡En este momento se casan, y yo voy á morir!

Acercóse la Marquesa é intentó hablarla, engañarla, pero nada quiso oír. El delirio se apoderó de nuevo de ella, y acometida de un acceso terrible, gritó y se retorció los brazos, con los labios abrasados por la fiebre y corriéndole el sudor por los hermosos y desgreñados cabellos. Asustado Felipe, mandó buscar al médico, que debía ir aquella tarde. Este advirtió nueva elevación de temperatura en el cuerpo. Las arterias, como tubos por donde pasa el vapor oprimido, amenazaban estallar. Un grado más, y todo había concluido.

Aquel día fué horrible. Felipe esperó con mortal angustia el resultado de la crisis, conociendo que jugaba la vida en aquellas interminables horas. En su cerebro, dolorido por la fatiga y las penas, giraba sin cesar esta idea, imperiosa como una sentencia: «Si vive, llegaremos á ser dichosos.» Tanto lo quería, que hubiese dado de buen grado su vida por prolongar la de la moribunda.

Oscureció al fin, y la pasajera calma que ordinariamente tenía Clara por la noche, no se produjo.

Con el ceño fruncido y apretadas las mandíbulas, llamando sin cesar al Duque con desgarradores acentos, continuó la pobre joven tendida en el descompuesto lecho. Felipe se había levantado, é inclinábase hacia

ella creyendo que no le veía. Abrió la enferma los ojos, y llenos de horror, se fijaron en él.

Hizo un esfuerzo para levantar el brazo, y con apagada voz dijo:

— ¡Le ha muerto V. ! ¿A qué espera para matarme?

Con el corazón desgarrado al ver tan cruelmente desconocidos sus sentimientos, agobiado por tantos esfuerzos, fué un instante débil como niño, y apoyando la cara en la cabecera tallada del lecho, lloró amargamente. Gota á gota caían sus lágrimas en la abrasada frente de Clara, y como benéfico rocío, pareció que estas lágrimas, salidas del corazón de Felipe, fueron eficazísimo filtro. Las facciones de la joven perdieron su rigidez, suspiró dulcemente y se incorporó con trabajo, de costado, para escuchar.

Felipe sollozaba en la sombra, sin recato, junto á aquel sér sin conocimiento. Púsose una mano sobre la suya, y al mismo tiempo la voz débil de la enferma murmuró:

— ¿Quién llora junto á mí? ¿Eres tú, mamá?

Levantó Felipe la cabeza, y vió que Clara miraba hacia él. Se acercó; le reconoció la joven, y como si le volviese la memoria, pasó dolorosa sombra por su frente. Una lágrima brilló en sus grandes ojos, y alargando la mano al hombre que había hecho sufrir tanto:

— ¡Oh! ¿Es V.?—dijo.— ¡Siempre bueno y generoso! ¡Perdón, Felipe, perdón!

El dueño de la ferrería cayó de rodillas, y besó apasionadamente aquellos ojos que por primera vez le habían mirado sin ira. La joven sonrió tristemente; una dolorosa contracción devolvió á su semblante la terrible dureza, y delirando de nuevo empezó á balbucear frases incoherentes.

Tres semanas hacía ya que estaba entre la vida y la muerte. Aquella crisis fué la última, tomando la enfermedad desde la referida noche nueva faz, y reemplazando á la agitación violenta un entorpecimiento invencible.

—Período comatoso,—dijo el médico con tranquilidad.— Hemos hecho hasta ahora todo lo posible para dormir á la señora Derblay. Ahora vamos á hacer cuanto podamos para despertarla.

Felipe comprendió que, de no tener recaída ó nueva complicación, Clara estaba salvada. Pero al mismo tiempo que la esperanza, renació en su corazón el grave cuidado de arreglar su mutua existencia. Mientras la joven estuvo en peligro, sólo pensó en disputársela á la muerte. Ahora era preciso disputársela á la vida.

Con la razón recobraría Clara sus repugnancias. En el abatimiento de la enfermedad había podido enternecerse, tener un instante de debilidad y pedir perdón; pero al

ser dueña de nuevo de sí misma, ¿seguiría mostrándose humilde y sumisa?

Felipe había aprendido á conocer el carácter altivo de su esposa, y temía la vuelta de su intratable orgullo. La idea de que pudiera creer que estaba decidido á aprovechar su convalecencia para romper el pacto hecho en la horrible noche de la boda, le estremeció. Si faltaba al parecer á su dignidad arrepintiéndose del compromiso que voluntariamente contrajo, se rebajaría para siempre á los ojos de Clara. Creyó, pues, necesario el rigor, y con su natural entereza de carácter estuvo seguro de no abandonarlo. Habíase jurado quebrantar el orgullo de su mujer, y se preparaba á cumplir su juramento.

Estaban en enero. El invierno era rudo. El trabajo de la ferrería, suspendido en parte durante el período álgido de la enfermedad de Clara, había recobrado su actividad. El ruido de los martillos resonando en los yunques alegró á la joven, y su larga convalecencia fué muy tranquila. Renació á la vida con delicia, y con profunda alegría miró cuanto le rodeaba. La gran habitación severa y algo sombría con las paredes cubiertas de tapices y los muebles antiguos, le agradaron mucho. Todo era allí tranquilo, armonioso, reposado. Ante su lecho y sobre las colgaduras, una ninfa de sueltos cabellos dejaba caer de un ánfora que tenía al hombro

un caño de agua, que al esparcirse por el suelo daba nacimiento á un río. Parecióle que aquella hermosa figura era una alegoría, y que no derramaba agua, sino la vida.

Por los anchos balcones veía los árboles del parque, cubiertos aún de nieve, brillar á luz del sol. Los pájaros rozaban con las alas los cristales, como pidiendo albergue; ella les miraba con placer, y hacía que les echaran migajas de pan. Todo le interesaba, y recobrando poco á poco las fuerzas, experimentó viva alegría al sentirse renacer física y moralmente. Encontrándose bien en su casa, se estiraba perezosamente en el lecho, pasando horas enteras en escuchar el tic-tac del reloj, sin una idea en la mente, sumida en apacible abandono.

Su madre la acompañaba durante el día. Felipe sólo iba á su cuarto dos veces, una por la mañana y otra por la noche, informándose cuidadosamente de su salud, y preguntándole si deseaba algo que él pudiera proporcionarla. A los cinco minutos de estar sentado al pie del lecho, se alejaba gravemente, y Clara escuchaba cómo se iba perdiendo el ruido de sus pasos por las habitaciones. Esperaba sus visitas, le parecían demasiado cortas, y se irritaba ligeramente contra él.

Encontró una ocasión de enfadarse, y la aprovechó con infantil ingenuidad. Tuvo el capricho de que llevaran flores á su habita-

ción: las estufas de Beaulieu estaban llenas, y la Marquesa llegó un día cargada con un admirable ramo de lilas blancas. Felipe entró cuando Clara aspiraba el olor de las flores; manifestó dulcemente que aquel perfume podía hacerle gran daño, y cogiendo el ramo se dispuso á llevarlo al salón.

—Pero aseguro á V. que me encuentro perfectamente,—dijo entonces Clara con viveza;—puede V. dejar esas flores...

—Es V. como todas las convalecientes,—respondió Felipe sonriendo;—sía demasiado en sus fuerzas... Preciso es que nosotros seamos más razonables que usted...

—De seguro voy muy bien cuando se atreve V. á contrariarme,—replicó la joven, con una mueca llena de coquetería.—Cuando estaba verdaderamente enferma era usted muy distinto.

Felipe se puso repentinamente grave, y dirigió á Clara triste y severa mirada. La joven exhaló un suspiro, y añadió con turbada voz:

—Tiene V. razón. Lévese esas flores. Le doy las gracias.

Aquel día estuvo pensativa.

Poco á poco empezó á reflexionar, y renació en su tranquilizado cerebro el recuerdo del pasado. Interrogóse y se admiró de no encontrar en su corazón rastro alguno de su amor al Duque. Aquel amor había caído como podrido fruto. Tampoco conservaba

odio á Atanasia. La compadecía, considerándola destinada á sufrir incurable envidia. No se informó del casamiento, que consideró hecho. Los que la acompañaban evitaron cuidadosamente pronunciar el nombre de Bligny; precaución inútil, porque lo hubiera oído sin emoción. Su corazón tenía piel nueva.

La convalecencia fué larguísima. Cuando quiso levantarse por primera vez, se desmayó, y tuvieron que acostarla. Ansioso Felipe, reapareció junto al lecho y comenzó de nuevo á cuidarla, con la misma abnegación, impasible y silencioso. Continuaban doliéndole las sienes, como si tuviera algún desorden persistente en las meninges. Cuando agitaba la cabeza sentía moverse el cerebro dolorosamente, según decía, como el grano de un cascabel.

—Ya era un poco loca antes de la enfermedad,—añadía sonriendo.—¿Qué sucederá ahora?

A los cinco meses justos de haberse casado, pudo bajar en una hermosa mañana de abril al jardín, sostenida por su madre y la excelente Brigida.

Dió lentamente la vuelta al estanque, sentándose para recobrar fuerzas en los bancos de piedra, calentados por el sol.

Al verla andar de aquel modo, á cortos pasos por la arena del parterre, imposible era reconocer á la altiva y orgullosa joven,

de quien decía su madre: «Es un muchacho malogrado.» Sus facciones se habían dulcificado y su mirada era más cariñosa. Ya no ergula la cabeza, soberbia y altanera; se había afeminado y parecía más pequeña.

Desde aquel día la actitud de Felipe fué invariable. Dulce, amable y obsequioso con Clara delante de gentes, mostrábase frío, político y grave cuando estaban solos. Tan hábilmente calculó su conducta, que todos le consideraban marido modelo. La Marquesa no tuvo la menor sospecha, porque estaba habituada á la galantería tranquila y correcta de los esposos de su clase, y además el Marqués de Beaulieu no la había mimado gran cosa con apasionado cariño. Parecióle, pues, que el matrimonio de su hija iba á pedir de boca, y prescindió de toda vigilancia. Completamente tranquila respecto á la salud de Clara, anunció una mañana que se iba á París, donde su hijo Octavio estaba desde enero. Fiel á sus ideas de igualdad, disponíase el Marqués á prescindir del blasón y á formarse una buena clientela de abogado.

Quedó, pues, Clara sola con su marido, á quien sólo veía á las horas de comer. Después de la comida la acompañaba al salón, se sentaba cinco minutos, levantábase en seguida, daba las buenas noches y se retiraba á su habitación. Una noche tuvo curio-

sidad la joven de ver lo que allí hacía, y bien cubierta con un mantón salió al parrero para espiarle desde fuera.

Por detrás de las cortinas del balcón vió pasar y repasar su sombra, que por la disposición de las luces tenía una altura gigantesca: paseaba de punta á punta, sin detenerse, lentamente y como pensativo. Entró Clara en el castillo, y de puntillas fué al cuarto inmediato al despacho. Sentóse en la oscuridad, vió la raya de luz por debajo de la puerta, y escuchó el acompasado andar de Felipe sobre la alfombra. Así estuvo hasta las doce, y cuando las últimas vibraciones de la campana del reloj dejaban de oirse, le oyó abrir la puerta de su dormitorio, y la luz desapareció. ¿En qué pensaba durante aquel prolongado y maquinales paseo? ¿Qué ideas absorbían su imaginación en aquellas largas horas de soledad? Mucho hubiera dado Clara por saberlo.

Cuando deseaba algo no era mujer capaz de disimularlo largo tiempo, y una noche que Felipe se despedía de ella como de costumbre:

—¿Qué hace V.,—le preguntó,—solo y encerrado durante tantas horas?

—Arreglo cuentas atrasadas,—respondió tranquilamente el dueño de la ferrería;—y á propósito, aquí tengo dinero que darle.

Y al decir esto sacó del bolsillo un puñado de billetes del Bancó.

—¡Dinero!...—dijo Clara admirada—
¿A mí?

—Sí; las rentas de su fortuna durante seis meses.

Y poniendo los billetes sobre la mesa, añadió con frialdad:

—Ruego á V. que vea si está bien la cuenta.

Dió Clara un paso atrás: la sangre le subió al rostro, y con angustiado corazón y trémula mano, exclamó:

—Tome V. eso, caballero; tómelo usted, se lo ruego... Yo no debo aceptar ese dinero.

—Pues es preciso que lo acepte,—dijo Felipe.

Y con desdeñoso gesto empujó los billetes hacia la joven.

Inguióse ésta pronta á luchar. El gesto y el acento de Felipe le ofendieron profundamente: sus ojos brillaron, y por un momento volvió á ser la orgullosa y violenta Clara de antes.

—No quiero...—empezó á decir mirando audazmente á su marido.

—¿Que no quiere V.?—repitió éste con ironía.

Cruzáronse sus miradas. La de Felipe era tan firme, directa y poderosa, que la joven no pudo sostenerla. Su resistencia cesó de repente; su mano, altivamente levantada, volvió á caer, y vencida, guardó doloroso

silencio. El dueño de la ferrería inclinóse silenciosamente, y salió.

Por primera vez chocaba la voluntad de Clara con la de Felipe, y quedó la altiva joven aturdida y quebrantada. Viéndose obligada á reconocer la superioridad del carácter de su marido, irritada y satisfecha á la vez, le inspiró profunda estimación. Atraída por aquella naturaleza enérgica, se puso á estudiarla atentamente. En la expansión de su vuelta á la vida había resuelto ser buena con Felipe y concederle franca amistad, y comprendió con despecho que estaba decidida á darle más de lo que se le pedía. Cuando se disponía á llegar hasta la amistad, su marido no pasaba de la indiferencia. No se enfadaba, porque de enfadarse aun quedaba algún recurso, ni se ocupaba de ella, dejándola vivir á su antojo, como lo pidió, mostrándole glacial indiferencia. Humillada Clara por esta desdeñosa falta de atención, se aplicó á combatirla. Era esencialmente militante y necesitaba de continuo una dificultad que vencer.

Cuando Bachelin iba á comer á Pont-Avesnes, pasaba Felipe la noche en el salón. La joven convidó al notario dos veces por semana, y jugaba después al *whist* con rara perfección. Delante de Bachelin hablaba y jugaba, pero al marcharse el convidado volvía á estar severo y silencioso. A pesar de sus esfuerzos, nada adelantó la joven respecto á la voluntad de su marido.

El poder que sobre sí tenía Felipe exasperó á Clara. Sola en su habitación, dejése arrebatar por violenta cólera, estremeciéndole sentirse dominada. Aquel hombre era su dueño y la manejaba como quería. Cuando intentaba resistir la joven, con una mirada la hacía volver á la obediencia. Batía el carácter de su mujer como se bate el hierro, y era evidente que le podría dar la forma que le agradase. El sentimiento de su impotencia hizo llorar á Clara avergonzada, y por un resto de orgullo ocultó á Felipe estos pesares, mostrándose entonces cual debía ser: resignada sin amargura, y digna sin altivez.

Aunque fuera indiferente á lo que ocurria fuera de Pont-Avesnes, sus relaciones de París no le permitieron olvidarlo todo. Desde que supo la Baronesa que su amiga había recobrado la salud, escribíale con cariñosa intermitencia cartas llenas de detalles incoherentes, pero curiosos. Por ella tuvo Clara noticias del Duque, de la Duquesa y del señor Moulinet.

Atanasia había entrado en el gran mundo con ruidoso brillo. Por regla general agradó á los hombres, pero sus maneras libres y varoniles le atrajeron la critica de todas las mujeres. El Duque no hacía caso de ella, y á los tres meses de matrimonio se le suponía tan separado de su mujer como era posible estarlo, haciéndole la corte á la bella Condesa de Canalheilles, una irlandesa de ojos